

EL PROCESO DE UN POETA

Carlos Rivera Lugo

Al igual que su célebre pariente José K, el licenciado Domingo Rivera Colomer fue detenido una mañana sin que éste hubiese hecho algo punible.

Aquella mañana de enero de 1992 se vería interrumpida para siempre su cómoda rutina en preparación para su comparecencia como abogado exitoso de pleitos entre los mortales.

Con gran elegancia y presteza deambulaba por los pasillos y salas donde se escenificaban las competencias entre las partes, complaciendo a algunos, inventándoles soluciones a otros, dándole brillo y color al enfrentamiento de cuerpos y cabezas hasta que prevaleciese un vencedor, aunque ambas partes se demolicen en el Proceso. Desde la cúspide saboreaba los excesos de los placeres burgueses y el favor del juzgador que compartía con él, cada cual con su máscara, en las fiestas de carnaval que se acostumbran celebrar en honor al Proceso.

Aquella mañana le tocó a él ser parte. Era la primera vez que le ocurría esto. Domingo despertó, como siempre, con la boca seca y la resaca retumbándole en la cabeza. Se sentó un momento abrazando su almohada. Se quedó observando uno de los tantos retratos de sus muertos que colgaban en las paredes. De repente sintió hambre y náusea al mismo tiempo. En ese mismo instante llamaron a la puerta, y entró un hombre al que nunca había visto. Era un personaje inusual, esbelto, llevaba el pelo y unos ojos de asesino sobre el rostro.

«Pero, ¿qué quiere usted?», le preguntó Domingo. El extraño murmuró algo que Domingo no alcanzó a escuchar. «Salga de aquí ahora mismo que debo levantarme de inmediato para prepararme para el Tribunal», le ordenó Domingo.

«No va para ninguna parte -le con-

testó el extraño, y agregó de inmediato: «No tiene derecho a salir de su habitación. Se encuentra usted detenido».

No le dijeron de qué estaba acusado. Al fin y al cabo, Domingo lo sabía, como todos los detenidos, en el fondo, lo saben. Sabía por experiencia, que en el reino de la Ley, al igual que en el reino de los cielos, la lógica estaba supeditada a las finalidades del Proceso. No sabe de verdades, sino de dogmas. Está por encima de la verdad o, quizás, está hecho a la vez de verdades y engaños. Constituye un gran espectáculo donde la realidad queda atrofiada, colocándose en moldes platónicos. Todo cuanto se diga, en última instancia, no tiene otro propósito que justificar a posteriori los resultados, a pesar de que todos saben que los dados ya están echados.

Con su arresto comenzó para Domingo un largo y tortuoso proceso que lo sacudiría hasta la raíz, dejándolo existencialmente extenuado. Tenía miedo, mucho miedo. No era tanto el desconocer la razón de su Proceso. Lo que realmente le aterraba era la consciencia de lo irremediable del resultado: su aniquilamiento total. Y en ese Proceso, ¿sería mero espectador o participe activo?

Por primera vez en mucho tiempo se sintió débil y enfermizo. Sus inquisidores le agujoneaban su conciencia, obligándole a sacar sus entrañas y recuerdos a flor de piel. Fue así que Domingo se percató de su horrible aunque seductora tragedia. Como bien testimoniaría en el primer día del juicio, el cual se celebraría en su propia habitación: «Me había convertido en todo lo necesario para los demás y atrás, en un baúl cubierto de polvo y rodeado de peste a viejo en la esquina de la habitación del castillo medieval, reposaba mi identidad, mi yo, el que quise ser y no soy».

Domingo Rivera Colomer,
Aguacero de Mayo,
San Juan, 1995



El Proceso le hará recordar a Domingo sus años de infancia, tan solitarios y enfermizos, apenas sobrellevando el pesado equipaje de unos pulmones débiles que demasiado de veces pedían a gritos más aire para vivir. Sin embargo, la sed de inmortalidad sería la que más ocuparía sus pensamientos en esa primera etapa de su vida. Era como si quisiera compensar la debilidad de su cuerpo con la fortaleza de su alma, aunque con los años la mejoría en su estado de salud lo llevaría a girar más en torno a su cuerpo y menos en torno a su alma.

Como ángel caído salió al mundo en busca de la vida. Se rebeló contra la deshumanizante y alienante sociedad de masas. Se negó a ser sujeto anónimo, aunque los golpes del enemigo le hacían dudar si acaso no estaba predestinado al fracaso. En sus noches de bohemia, intuía que para no perderse en la inmensidad del laberinto de la vida, necesitaría alas.

Pensó por un tiempo que la respuesta estaba en ser gladiador en el circo

romano de los pleitos. Se entregó al culto de la razón. Lo único que consiguió fue convertirse en un producto más de la sociedad del espectáculo, una caricatura de su ser. Se limitó a sus circunstancias.

Ante el incisivo interrogatorio del que fue objeto en su habitación a manos de sus inquisidores, Domingo aceptará haberse extraviado. Maldecirá las circunstancias y todo intento de abolir el deseo como ímpetu existencial del ser humano. «Me niego a ser identificado sólo por mis circunstancias o como producto de un juego de relaciones institucionales», dirá ante sus juzgadores, y añadirá: «Reafirmo mi negativa a ser hombre-cosa y dejar castrar el ímpetu sagrado de mi posibilidad. No quiero ser más el título que soporto, ni el objeto que poseo. Quiero ser. Quiero ser más».

Su escalofriante admisión dejó perplejos a sus inquisidores. Los detenidos no acostumbraban dar con las verdaderas razones de su Proceso. Generalmente se entretenían con las razones próximas y visibles. Por eso, mayormente eran llevados al patíbulo para que muriesen como perros. Así, documentaba la historia, había muerto su pariente José K. A diferencia de éste, Domingo resistió; disolvió la culpa aceptando la plena responsabilidad por su destino. Entendió, por fin, que la vida estaba en otra parte, en la infinitud de su ser y en el de su prójimo. No se quedó en la puerta de la Ley; la atravesó para alcanzar la única verdad que nos es dable, la de cada uno. Fue así que comprendió que el veredicto final del Proceso es el que uno mismo se emite.

Cuando salió por fin a la calle luego de meses de encierro, sería bendecido por un aguacero de mayo. De esas aguas bebió su memoria para deletrear el sentido de su resurrección. Como Mahler, buscó evadir los amarres de la cotidianidad evocando la fuerza vital de la naturaleza. Finalmente dio con la poesía el lenguaje propio de la nueva vida. La lluvia representaba sus poemas ex-

traviados y anunciaba el florecer de su huerto.

Fue así que nacieron estos poemas de *Aguacero de mayo*. Constituyen testimonios con sabor a soledad, a la nada; forcejeos existenciales con la desesperanza. El primero de estos, "Creación Poética", comienza con una cita de Shakespeare: «estamos hechos de la madera de los sueños». Al igual que el Segismundo de Calderón, Domingo parte del reconocimiento de que allí, en los sueños, radica el verdadero mundo, la verdadera vida.

Confronta las limitaciones del conocimiento humano basado exclusivamente en la razón.

«Cuando el conocimiento estalla en los muros/y la filosofía se ruboriza/los templos del saber estremecidos escapan hacia el silencio...» Sin inteligencia, disuelta la razón/camino por sendero de luna sobre olas negras,/sin brújula, sin astros, sin ángeles...» ("Creación Poética")

Es así como acepta su destino de ser «juglar de canciones milenarias» y se convierte en «eco de la historia, de los mitos y los sueños».

Se siente viajero, viajero solitario, inmensamente solo con su fusil de poemas. Y siente, al igual que Kundera, cuán pesada es la carga. Ha perdido la inocencia de su primavera, alguien se la ha usurpado, dejándole «medio desnudo, medio muerto». La realidad completa ha quedado desnuda, nos advierte en "El gran fingidor" y una honda pena le arroja.

Nos advierte, sin embargo, que si bien es cierto que el cielo se nos ha caído, que las utopías se nos han esfumado, es por ausencia de fe. Nuestros dioses siguen allí, en espera de que nos atrevamos a vestirnos nuevamente con nuestra armadura de caballero para «vencer los dragones de la humanidad».

Nos cuenta de su intento de escapar al Norte, «la tierra del olvido». Pensaba que allí podría ser otro, «el otro:/diáfano, puro, cristalino,/espejo de ilusiones nunca mancilladas,/el otro: el del princi-

pio,/ el de corazón de niño lozano,/el del alma transparente,/el otro: el que sólo fui en sueños,/el que seré algún día, el que no soy».

Su vuelo, no obstante, fue con alas mecánicas. No usó sus alas, No voló en la dirección necesaria: hacia adentro. Anduvo por ello a tientas, inseguro, «en fuga de su origen,/precipitado y disuelto en la nada.» Y como la Teresa de Kundera, contempló «el arpegio angustioso de los cisnes con el cuello torcido». Sintió, en medio de su soledad y angustiosa búsqueda, la atracción de la música de la muerte. Pero, igualmente comprendió que la soledad de los muertos es inmensamente mayor que la de los vivos.

Y entendió que era al héroe vanidoso al que debía aniquilar, con todos sus dogmas y verdades arrogantes. Como muy bien advirtió Nietzsche: "Sólo de nuestras propias cenizas es que podemos renacer. Sólo así es que nos es dado superar «la mísera vulgaridad circunstancial en búsqueda de aventuras universales con el otro Yo.» ("Carnaval")

Toma conciencia de que es arcoiris. «¡Soy prisma traspasado por el fuego eterno!, exclama aunque añade de inmediato:

«Aún así sé que mi existencia es breve, veloz, efímera,/y que sólo podré incrustar mis huellas en la historia de la eternidad,/al convertirme en astro generador de mi propia energía./Mientras tanto, es divertido ser abanico de colores,/ en fuga, perdido en el infinito.» ("Arcoiris soy")

Seguramente se encontrarán gladiadores que se mofen de los argumentos poéticos de su compañero jurista disidente. No entienden -o no quieren entender- que le ha llegado la hora al circo romano de los pleitos y a aquellos que viven de la sangre que allí se vierte. Que la Señora Justicia ya no quiere oír la lógica torcida de los lobos. Quiere entregarse a los poetas.